

## BURGOS EN *MIAU*, DE BENITO PÉREZ GALDÓS

### BURGOS IN *MIAU*, BY BENITO PÉREZ GALDÓS

MARÍA JESÚS JABATO DEHESA  
Real Academia Burgense de Historia  
y Bellas Artes

**RESUMEN:** Benito Pérez Galdós (1843–1920) publicó en abril de 1888 la novela *Miau*, incluida en la serie de obras que él mismo denominó *Novelas contemporáneas*. La acción se desarrolla en Madrid, escenario favorito del escritor, que refleja la geografía de la capital en innumerables pasajes. La trama de *Miau* gira en torno al honrado funcionario don Ramón Villaamil, que queda cesante a dos meses de la jubilación, y a su familia, en la que destaca la presencia luminosa de su nieto, Luisito Cadalso. De la mano de estos dos personajes encontramos en la obra dos referencias a Burgos, una explícita y otra velada.

PALABRAS CLAVE: Burgos, Benito Pérez Galdós, *Miau*.

**ABSTRACT:** Benito Pérez Galdós (1843–1920) published the novel *Miau* on April 1888, which was included in the *Contemporary Novels* series, as called by himself. The action takes place in Madrid, the writer's favourite scenario, who reflected in countless passages the geography of the capital. The plot revolves around the honest civil servant Mr. Ramón Villaamil, who remains redundant two months left from retirement, and around his family, in which the bright presence of his grandson Luisito Cadalso stands out. Accompanied by these two characters, two references to the city of

Burgos are found, one of them being explicit and the other one being veiled.

KEY WORDS: Burgos, Benito Pérez Galdós, *Miau*.

Gobernaban los liberales encabezados por Sagasta. Había muerto Alfonso XII y era regente María Cristina de Habsburgo-Lorena. Cinco semanas bastaron a Benito Pérez Galdós (1843–1920) para escribir *Miau*, una de sus más afamadas novelas, publicada en abril de 1888 e incluida en la serie *Novelas contemporáneas*, nombre que el propio Galdós dio a sus obras publicadas entre 1881 y 1889.

La acción de *Miau* transcurre en el que se ha dado en llamar Madrid galdosiano, en la segunda mitad del s. XIX, una vez restaurada la monarquía borbónica tras el pronunciamiento de Arsenio Martínez Campos, que en 1874 puso fin a la Primera República española y propició el advenimiento al trono del joven Alfonso XII. Se inicia la novela en febrero de 1878. El rey acababa de contraer matrimonio en la basílica de Atocha con su prima María de las Mercedes de Orleans y Borbón.

El escenario de la ficción se sitúa en el radio comprendido entre la plazuela de Santo Domingo y la calle Ancha de San Bernardo, hasta la Puerta de San Vicente y el Palacio Real. Lugares destacados son la plazuela del Limón<sup>1</sup>, la calle de Quiñones, en cuyo número 3, piso 2<sup>o</sup> vivía la familia Villaamil, protagonista de la obra, la calle Conde-Duque<sup>2</sup>, la calle del Acuerdo<sup>3</sup>, la plaza de las Comendadoras, en la que se sitúa la iglesia del mismo nombre, la calle de los Reyes<sup>4</sup>, la iglesia de Nuestra Señora de Montserrat, la cuesta de San Vicente<sup>5</sup> y el Cuartel de la Montaña, que acoge el dramático final del protagonista<sup>6</sup>.

---

<sup>1</sup> Donde se sitúa el colegio en el que estudió Luisito Cadalso

<sup>2</sup> En cuya explanada jugaba Luisito Cadalso.

<sup>3</sup> Donde vivía Guillén y murió su sobrino *Posturitas*.

<sup>4</sup> Donde vivían los tíos de Luisito Cadalso, Ildefonso y Quintina.

<sup>5</sup> Donde se sitúa la taberna *La Viña del Señor* en la que vivió Villaamil sus últimas horas.

<sup>6</sup> Cf. en esta materia AVILÉS ARROYO, Enrique: «*Localización y ambientes de la novela Miau, de don Benito Pérez Galdós*», en *Actas del IV Congreso Internacional de Estudios Galdosianos*. Cabildo de Gran Canaria. Las Palmas de Gran Canaria, 1993.

Galdós narra en *Miau* el vía crucis de la familia de don Ramón de Villaamil, ex-empleado de la Administración del Estado a la que sirvió treinta y cuatro años y diez meses, tras los cuales quedó cesante como consecuencia del cambio de Gobierno, y sin apenas esperanzas de conseguir una nueva incorporación que le permitiera cubrir los dos meses restantes para conseguir la jubilación. Con él conviven su esposa doña Pura Escobios, despilfarradora y manirrota, que dilapida el escaso peculio familiar; Milagros, su hermana<sup>7</sup> –ambas hijas de un médico militar y sobrinas del músico mayor del Inmemorial del Rey–, frustrada cantante de ópera ocupada en las labores domésticas; Abelarda, hija de don Ramón y doña Pura, joven apocada y emocionalmente inestable; Víctor Cadalso, yerno de los anteriores y viudo de Luisa, hermana de la citada Abelarda, funcionario en ascenso en virtud de sus trapisondas administrativas; y Luisito Cadalso, hijo de este y Luisa, y por tanto, nieto de los Villaamil y sobrino de Abelarda.



Benito Pérez Galdós

Dos referencias a Burgos y lo burgalés hay en *Miau*; una explícita, referida al protagonista, Ramón de Villaamil, desvelada en el último tercio de la novela, y otra oculta, que tiene que ver con su nieto, Luis Cadalso, Luisito Cadalso o Cadalsito, que de todas estas maneras se denomina en el texto de Galdós a su personaje más tierno y sorprendente.

## 1. DON RAMÓN DE VILLAAMIL Y BURGOS

Don Ramón de Villaamil quedó cesante cuando la Restauración hizo nómina de sus pretendientes a los cargos públicos; debía su destino a un amigo íntimo del ministro Luis González Bravo y cayó

<sup>7</sup> A las hermanas Pura y Milagros les llamaban *las Miau* por sus rasgos felinos.

el buen hombre en desgracia, pese a ser monárquico y afecto al Antiguo Régimen. «Con esta Restauración maldita –decía–, epílogo de una condenada revolución, ha salido tanta gente nueva... Bien dice Mendizábal<sup>8</sup> que la política ha caído en manos de mequetrefes»<sup>9</sup>. No había sitio para todos, para tantos empleados, en una Administración injusta y carente de compasión, llena de arribistas y gente arrimada al sol que más calienta, de forma que «los de antes andan ladrando de hambre».

En esta situación penosísima estaba Villaamil, fiel y coherente con sus ideas que a ningún precio quería traicionar, desamparado, sin protección de los «pájaros gordos» que manejaban el cotarro administrativo, Sagasta, Cánovas, Castelar, Venancio González o los hermanos Silvela. «Figúrate –le dice a doña Pura– una gente que ha mamado en todas las ubres y que ha sabido empalmar la Gloriosa con Alfonsito». Pese a ello sentía gratitud hacia la Administración, que le procuró medio de vida y la consideraba en cierto modo algo suyo:

«Profesaba Villaamil entrañable cariño a la mole colosal del Ministerio; la amaba como el criado fiel ama la casa y la familia cuyo pan ha comido durante luengos años; y en aquella época funesta de su cesantía visitábala con respeto y tristeza como sirviente despedido que ronda la morada donde le expulsaron, soñando en volver a ella».

La cesantía pone a Ramón Villaamil en situación tan precaria que se convierte en desesperante y difícilmente remediabile salvo que un golpe de suerte le favorezca con el ansiado empleo público, en el que era razonable que confiara él, que en su larga vida administrativa sufrió tres destituciones. Si lograra colocarse durante dos meses, quedaría con una holgada jubilación, «con los cuatro quintos del sueldo regulador, que era el de su destino más alto, Jefe de Administración de tercera», dice Galdós<sup>10</sup>.

---

<sup>8</sup> Mendizábal: Memorialista que ocupaba la portería del inmueble en el que vivían los Villaamil, calle Quiñones 3, frente a la Cárcel de Mujeres.

<sup>9</sup> Salvo que se indique lo contrario, los entrecomillados del presente texto pertenecen a la novela *Miau*. Primera edición Imprenta La Guirnalda. Calle Las Pozas 12. Madrid, 1888.

<sup>10</sup> Ramón Villaamil aparece en *Fortunata y Jacinta*, en uno de los cafés que frecuentaba Juan Pablo Rubín, hermano de Maximiliano Rubín, uno de los protagonistas de la obra: «En la mesa próxima había empleados de Hacienda, Gobernación y Ultramar, y una tanda de cesantes. Entre ellos vio Rubín al individuo a quien

No tenía la familia *Miau* ahorros ni bienes de los que poder echar mano para subsistir; en la hoja de servicios de la carrera funcional de don Ramón constaba que fue jefe económico de una provincia de tercera, que Galdós no determina, en la que «doña Pura y su hermana daban el tono a las costumbres elegantes y hacían lucidísimo papel», derrochando sin cuento, actitud inconsecuente que les pasó factura cuando llegó el despido, ya que doña Pura «había tenido siempre el arte de no ahorrar un céntimo». También figuraba en su hoja de empleo público un destino de dos años en ultramar, que le proporcionó algunos ingresos «que se deshicieron pronto como granos de sal en la mar sin fondo de la administración de doña Pura».

«Para mayor desconsuelo, se le representaba entonces toda su vida administrativa, carrera lenta y honrosa en la península y ultramar, desde que entró a servir allá por el año 41 y cuando tenía veinticuatro de edad (siendo Ministro de Hacienda el Sr. Surrá). Poco tiempo había estado cesante antes de la terrible crujía en que le encontramos: cuatro meses en tiempo de Bertrán de Lis, once durante el bienio, tres y medio en tiempo de Salaverría. Después de la Revolución pasó a Cuba, y luego a Filipinas, de donde le echó la disentería. En fin, que había cumplido sesenta años, y los de servicio, bien sumados, eran treinta y cuatro y diez meses».

La matriarca de la familia, como vemos, llevaba las cuentas y los pantalones en la casa sin oposición directa de su marido, aun-

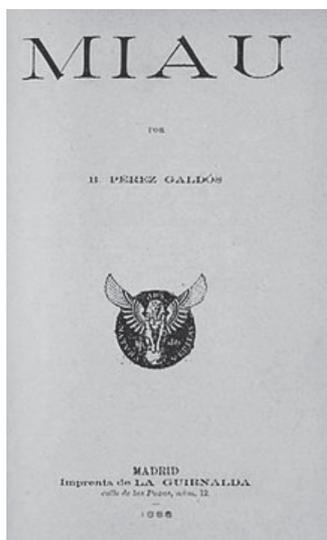
---

sólo faltaban dos meses de empleo para poder pedir su jubilación. Tenía pintada en su cara la ansiedad más terrible; su piel era como la cáscara de un limón podrido, sus ojos de espectro, y cuando se acercaba a la mesa de los espiritistas, parecía uno de aquellos seres muertos hace miles de años, que vienen ahora por estos barrios, llamados por el toque de la pata de un velador. El clima de Cuba y Filipinas le había dejado en los huesos, y como era todo él una pura mojama, relumbraban en su cara las miradas de tal modo que parecía que se iba a comer a la gente. A un guasón se le ocurrió llamarle Ramsés II, y cayó tan en gracia el mote, que Ramsés II se quedó. Pasando con desdén por junto a los espiritistas, se sentaba en el círculo de los empleados, oyendo más bien que hablando, y permitiéndose hacer tal cual observación con voz de ultratumba, que salía de su garganta como un eco de las frías cavernas de una pirámide egipcia. «Dos meses, nada más que dos meses me faltan, y todo se vuelve promesas, que hoy, que mañana, que veremos, que no hay vacante...». Feijoo se arrimaba a él y le daba conversación, por lástima, animándole y procurando distraerle de su tema; pero Ramsés II, cuyo verdadero nombre era Villaamil, no tenía más consuelo que aplicar su oreja seca y amarilla a la conversación, por si escuchaba algo de crisis o de trifulca próxima que diese patas arriba con todo. Lo que él quería era que se armase gorda, pero muy gorda, a ver si...».

Cf. PÉREZ GALDÓS, B.: *Fortunata y Jacinta. Dos historias de casadas*. Primera edición, Imprenta La Guirnalda, Madrid, 1887.

que con continuos reproches mentales de este. Ella, sin embargo, le sermoneaba constante y abiertamente por su blandura y resignación la precaria situación económica que atravesaban, ahondando su angustia: «Las credenciales, señor mío, –decía doña Pura– son para los que se las ganan enseñando los colmillos. Eres inofensivo, no muerdes, ni siquiera ladras, y todos se ríen de ti».

A la frustración material de don Ramón se unía, por tanto, otra no menos importante, la moral, ya presente al inicio de la novela: «En este mundo (la Administración) no hay más que egoísmo, ingratitud y mientras más infamias se ven, más quedan por ver...» reflexionaba el pobre Villaamil.



Primera edición de *Miau*.  
Imprenta La Guirnalda.  
Calle Las Pozas 12.  
1888

La ociosidad en la que se encontraba el cesante, su amor por las dependencias administrativas y la esperanza de encontrar en ellas el empleo ansiado, o, al menos, la comprensión de sus antiguos jefes y compañeros, que le sirviera de bálsamo, le llevaban día sí, día también, a visitar el Ministerio de Hacienda, donde se entrevistaba con «Pantoja, Guillén, Espinosa y otros badulaques»–, que, salvo el primero, soportaban a duras penas al buen hombre, que comenzaba a dar síntomas de desvarío, y trataban de quitárselo de encima. «Por fin, hartos de este charlar incoherente, le echaban con buenos

modos, diciéndole: “Don Ramón, usted debiera ir a tomar el aire. Un paseíto por el Retiro le vendría muy bien”». Y es en este punto, durante las visitas del cesante a la Administración, donde descubrimos la expresa referencia de la novela a Burgos.

Uno de los días en que Villaamil subió al piso segundo, a la oficina de Ventura Pantoja, el resto de los compañeros –el cojo Guillén, Espinosa, Argüelles y otros–, «estaban muy divertidos viendo las aleluyas que el primero había compuesto, una serie de dibujillos de mala muerte, con sus pareados al pie, ramplones, groseros y de mediano chiste, comprendiendo la historia completa de Villaamil desde su nacimiento hasta su muerte».

Al margen del referido Pantoja, y de Argüelles, que «no veía con buenos ojos las groseras bromas de Guillén» y «se apartaba del corrillo para atender a su trabajo», disfrutaba el resto de los funcionarios con las referidas aleluyas. «Esa garrapata de Guillén –dice Galdós por boca de uno de sus personajes dirigiéndose a Villaamil– con sus chuscadas, y sus versitos, y sus porquerías se ha hecho popular aquí... Le ríen las gracias estúpidas... Todos tenemos un poco de culpa en darle alas, lo reconozco... Yo le aseguro a usted, amigo don Ramón, que no volverá a enseñar delante de mí sus monigotes».

Dice el novelista que las aleluyas de Guillén rezaban «que el Sr. de *Miau* había nacido en Coria, garrafal dislate histórico, pues vio la luz en tierra de Burgos». Villaamil era, pues, de Burgos, pero entendemos que tal vez para conseguir un mayor escarnio, le asignó el desconsiderado poetastro, cuna en Coria; recuérdese que el popular bobo de Coria es un sujeto que con fama y hechos de tonto, es, sin embargo, astuto y aprovechado<sup>11</sup>.

---

<sup>11</sup> IRIBARREN, J.M., en *El porqué de los dichos*, Ariel, 2015, señala que la alusión al bobo de Coria es muy antigua y su origen se perdería en el viejo inventario del habla popular. Como en la Coria de Extremadura existe un viejo puente por el que no pasa río, se dio en llamar tonto de Coria al que hizo tan inútil construcción. Sin embargo, la explicación de tan insólito puente se apoya en hechos reales: se levantó sobre el río Alagón y bajo sus arcos corrieron las aguas durante muchos siglos, pero cuando el movimiento de tierras que produjo el terremoto de Lisboa, en el siglo XVII, hizo que la corriente cambiara de curso y dejó al puente alejado del río. Además recordemos que en el siglo XVI Velázquez pintó el famoso cuadro titulado *El Bobo de Coria*, que representa a un bufón de la Corte de Felipe IV sentado en el suelo con una calabaza a cada lado. Dado que el tal bufón se llamaba Juan de Calabazas, que también fue el nombre original del cuadro. Era natural de Coria y de ahí el título por el que hoy conocemos la obra

Los hirientes ripios compuestos por Guillén para zaherir al buen don Ramón repasaban «con dudosa Gramática» a decir de Galdós, la vida del cesante, sin olvidar el *Income tax*, impuesto progresivo ideado por Villaamil en el conjunto de un plan financiero salido de su cacumen, que gravitaba sobre cuatro ejes: *Moralidad* para eliminar la corrupción burocrática, *Income tax* o impuesto sobre la renta, *Aduanas*, para proteger la industria nacional mediante una subida de aranceles y *Unificación de la deuda*, encaminada a reducir la especulación bursátil con bonos emitidos por el Estado<sup>12</sup>. Estas eran las repetidas aleluyas:

«En vez de faja y pañales,/ le envuelven en credenciales; y más adelante: Pide teta con afán, /y un Presupuesto le dan. Luego, cuando el digno funcionario llega a la mayor edad: Hinchido de amor sin tasa, /con Zapaquilda se casa; y a poco de estrenada la vida matrimonial empiezan los apuros. El desmantelado hogar de Villaamil se caracteriza en este elegante dístico: Cuando faltan patacones, /se dan a cazar ratones... Pero en lo que el inspirado coplero explaya su numen, es en la pintura de los sublimes trabajos Villamilescos: Modelo de asiduidad, /inventa el INCOME TAZ... Al Ministro le presenta, /sus planes sobre la Renta... El Jefe, al ver el INCOMIO, /me le manda a un manicomio. Por fin le arroja el poeta estas flores: Su existencia miserable /la sostiene con el sable; y por aquí seguía hasta suponer el glorioso tránsito del héroe: Le dan al fin la ración, /y muere del alegrón... Los gatos, cuando se mueren, /dicen todos: Miserere...»

Que el lugar de natalicio de Villaamil sea Burgos, es, a buen seguro, una elección caprichosa de Galdós; sin embargo, dejemos aquí anotado que quizás rememora a Jenaro Pérez Villaamil, el famoso pintor ferrolano (1807-1854) enamorado de Burgos, considerado el mejor dibujante español del Romanticismo. Los paisajes burgaleses protagonizan muchas de sus litografías, y si Zorrilla, también vinculado a la Cabeza de Castilla, le dedicó sentidos versos<sup>13</sup>, Galdós

<sup>12</sup> De las iniciales de estos cuatro conceptos, Moralidad, Income tax, Aduanas y Unificación de la deuda, resulta el acrónimo MIAU, título de la novela.

<sup>13</sup> «La noche del invierno». A *Jenaro Villaamil*: ...Tú tienes dentro la mente/ galerías, catedrales,/ y todo el lujo de Oriente/ y un mando para pintar;/ Tú tienes en tus pinceles/ derruidos monasterios/ con aéreos botareles/ y afiligranado altar./ Tienes torres con campanas/ y transparentes labores,/ castillos con castellanas/ que aguardan a su señor,/ y bóvedas horadadas,/ y silenciosas capillas/ donde en mármoreas almohadas/yace muerto el fundador.

no se quedó atrás y le incluyó en tres de sus *Episodios Nacionales* apeándole de su primer apellido, Pérez. Así, en *Narváez* aparece junto al protagonista, José García Fajardo, marqués de Beramendi:

«Sentí detrás de mí una voz que me llamaba, y me estremecí cual si sonara un disparo en mis oídos... Era mi amigo, el pintor Genaro Villaamil, que al salir del café de la Iberia, me vio pasar, y corrió en mi seguimiento. Algunas noches solemos retirarnos juntos, pues somos casi vecinos. Vive en el Postigo de San Martín. Hablome de no sé qué... algo de la expedición de Italia, de la Fuoco, de su peinado, no menos famoso que sus pies... Yo le oía sin ninguna atención, y deseaba que me dejara solo. Parecíame que teniendo que oírle y contestarle, por urbanidad, tardaría más en llegar a mi casa»<sup>14</sup>.

En *La estafeta Romántica*, aparece asimismo junto al protagonista de este *Episodio*, Fernando Calpena, en su viaje a Segovia:

«Felipe se ha ido a la Encomienda con Gravelinas, Castro Terreño, Jenaro Villamil, el pintor, y un chico que ahora despunta en la política y los periódicos, Luis Sartorius. Creo que Fernando le conoce. Allá se estarán unos días cazando y hablando mal del Gobierno. Después van a Segovia, donde Villamil se propone pintar la Fuencisla, el Parral, y qué sé yo qué... »<sup>15</sup>

Y en *La revolución de julio*, Galdós cita a Jenaro Villaamil como pintor famoso.

«En casa, tratando del mismo asunto, mi mujer, con poca seriedad a mi parecer, me dijo: «Averigua tú ahora qué es lo que pinta ese bandido, quizás por el género de pintura saquemos el nombre.

–No creo que sea difícil sacar el nombre por el género, y el género por referencias que yo pediré a Federico Madrazo, a Carlos Rivera, o a Jenaro Villaamil...»<sup>16</sup>.

Tal vez, por tanto, el novelista diera el apellido Villaamil al protagonista de *Miau* teniendo en la mente a Jenaro Pérez de Villaamil

---

<sup>14</sup> PÉREZ GALDÓS, B.: *Narváez*. Segunda novela de la cuarta serie de los *Episodios Nacionales*. Madrid, 1902.

<sup>15</sup> PÉREZ GALDÓS, B.: *La estafeta romántica*. Sexta novela de la tercera serie de los *Episodios Nacionales*. Madrid, 1924.

<sup>16</sup> PÉREZ GALDÓS, B.: *La revolución de julio*. Cuarta novela de la cuarta serie de los *Episodios Nacionales*. Madrid, 1903.

y su vinculación estética con Burgos, pero sea como fuere, debemos contar al buen y desgraciado Ramón de Villaamil entre los hijos de la tierra del Cid por obra y gracia de Benito Pérez Galdós.

## 2. LUISITO CADALSO Y BURGOS

La segunda referencia a Burgos, ésta oculta, está relacionada, como hemos apuntado, con Luisito Cadalso, el nieto de don Ramón Villaamil, hijo de su malograda hija Luisa y de Víctor Cadalso. Veamos a Luisito en la magnífica descripción que de él hace Pérez Galdós:

«Bastante mezquino de talla, corto de alientos, descolorido, como de ocho años, quizá de diez, tan tímido que esquivaba la amistad de sus compañeros, temeroso de las bromas de algunos, y sintiéndose sin bríos para devolverlas. Siempre fue el menos arrojado en las travesuras, el más soso y torpe en los juegos, y el más formalito en clase, aunque uno de los menos aventajados, quizás porque su propio encogimiento le impidiera decir bien lo que sabía o disimular lo que ignoraba».

Sufría el niño fatiga crónica derivada de su debilidad por la carencia de alimentación adecuada, que empeoraba debido a las largas caminatas que se daba por Madrid para llevar las cartas que su abuelo le encomendaba entregar a Francisco de Cucúrbitas para procurarse, no ya el empleo anhelado, sino la subsistencia diaria: «Para el ahogo del día –dice Villaamil–, me he decidido a volver a molestar al amigo Cucúrbitas. Es la única persona verdaderamente cristiana entre todos mis amigos, un caballero, un hombre de bien, que se hace cargo de las necesidades...»

Además de la debilidad, tenía Luisito Cadalso propensión congénita a los ataques epilépticos, patología de herencia materna, y la suma de estas circunstancias le llevó al desvanecimiento en diversas ocasiones, produciéndose en estas ausencias de conocimiento un fenómeno que tenía inquieto al niño, ya que veía a Dios de forma corpórea y mantenía conversaciones con Él.

Al comienzo del tercer capítulo de la novela se narra la primera de las ensoñaciones de Luisito. Galdós establece claramente la geografía urbana de este primer encuentro del niño con Dios: las

escaleras del convento de Don Juan de Alarcón, en la madrileña calle de la Puebla:

«Al entrar en la calle de la Puebla, iba ya Cadalsito tan fatigado que, para recobrar las fuerzas, se sentó en el escalón de una de las tres puertas con rejas que tiene en dicha calle el convento de Don Juan de Alarcón. Y lo mismo fue sentarse sobre la fría piedra, que sentirse acometido de un profundo sueño... Más bien era aquello como un desvanecimiento, no desconocido por el chiquillo, y que no se verificaba sin que él tuviera conciencia de los extraños síntomas precursores. ‘¡Control! –pensó muy asustado–, me va a dar aquello..., me va a dar, me da...’ En efecto, a Cadalsito *le daba* de tiempo en tiempo una desazón singularísima, que empezaba con pesadez de cabeza, sopor, frío en el espinazo, y concluía con la pérdida de toda sensación y conocimiento.

[...] Pues como iba diciendo, cayó el pequeño en su letargo, inclinando la cabeza sobre el pecho, y entonces vio que no estaba solo. A su lado se sentaba una persona mayor.

[...] El sujeto aquel, mirándole con paternal benevolencia, le dijo:

–¿No me conoces? ¿No sabes quién soy?

Luisito le miró mucho. Su cortedad de genio le impedía responder. Entonces el señor misterioso, sonriendo como los obispos cuando bendicen, le dijo:

–Yo soy Dios. ¿No me habías conocido?»

Estas alucinaciones del niño y las frecuentes visitas a las iglesias cercanas a su domicilio con su tía Abelarda y con su abuelo, van creando en él un fuerte sentimiento religioso. Contribuye notablemente al mismo su amistad con Silvestre Murillo, «el chico más aplicado de la escuela», hijo del sacristán de la iglesia de Montserrat, niño «muy cargado de libros, la pizarra a la espalda, el pantalón hecho una pura rodillera, el calzado con tragaluces, boina azul en la pelona, y el hocico muy parecido al de un ratón». Apelando, sin duda, a su autoridad como hijo de sacristán, y por tanto, conocedor de los misterios eclesiásticos, Silvestre –o Murillito en el simpático y cariñoso diminutivo del apellido que Galdós aplica a los niños– inició a Luisito en ellos, dándole cumplida explicación de cuantas cosas relacionadas con la Iglesia y el culto, no entendía:

«[...] por ejemplo: qué era la reserva del Santísimo, qué diferencia hay entre el Evangelio y la Epístola, por qué tiene San Roque un perro y

San Pedro llaves, metiéndose en unas erudiciones litúrgicas que tenían que oír. “La hostia, verbigracia, lleva dentro a Dios, y por eso los curas antes de cogerla, se lavan las manos para no ensuciarla, y *dominus vobis* es lo mismo que decir: *cuidado, que seáis buenos*”»

Tampoco era ajeno Luisito a la influencia de su tía paterna, Quintina Cadalso, que junto a su marido, Ildefonso Cabrera, empleado en el ferrocarril del Norte, se dedicaban al tráfico «hasta cierto punto clandestino» de lo que podríamos llamar quincalla eclesiástica, tal como cromos y estampas de santos, imágenes, medallas, altarcitos...:

«Consistía en traer de Francia objetos para el culto y venderlos en Madrid a los curas de los pueblos vecinos y aun al clero de la Corte. Todo ello era género barato, de cargazón, producto de la industria moderna que no pierde ripio, y sabe explotar la penuria de la Iglesia en los tiempos difíciles actuales. Cabrera tenía sus socios en Hendaia y entendíase con ellos, llevándoles telas, cornucopias, plata de ley, algún cuadro y otras antiguallas sustraídas a las fábricas de los templos de Castilla, un día opulentos y hoy pobrísimos. El toque de este comercio estaba, según indicaciones maliciosas, en que al ir y venir pasaban las mercancías por la frontera francas de derechos; pero esto no se ha comprobado. De ordinario, la quincalla eclesiástica que Cabrera introducía (objetos de latón dorado, todo falso, frágil, pobre y de mal gusto), era tan barato en los centros de producción y se vendía tan bien aquí, que soportaba sin dificultad el sobreprecio arancelario.

[...] Últimamente importaba Cabrera enormes partidas de estampitas para premios o primera comunión, grandes cromos de los dos Sagrados Corazones, y por fin, agrandando y extendiendo el negocio, trajo surtidos de imágenes vulgarísimas, los San Josés por gruesas, los niños Jesús y las Dolorosas a granel y en variados tamaños, todo al estilo devoto francés, muy relamido y charolado, doraditas las telas a la bizantina, y las caras con chapas de rosicler, como si en el cielo se usara ponerse colorete».

Pese al mal gusto y la vulgaridad, este bazar de objetos brillantes y vinculados al culto entusiasmaba a Luisito Cadalso y encendía su ardor religioso. Quintina, que no tenía hijos y quería que su sobrino viviera con ella y con Ildefonso, lejos de las *Miau*, que no eran santas de su devoción, le engolosinaba cantándole las maravillas que tenía, que podría disfrutar si fuese a vivir a su casa. Así hablaba Quintina a Cadalso:

«¡Si vieras qué cosas tan bonitas tengo encasa! ¡Ay, si las vieras...! Unos niños Jesús que se parecen a ti, con el mundito en la mano; unos nacimientos tan preciosos, pero tan preciosos... Tienes que verlos. Y ahora estamos esperando cálices chiquititos, custodias que son una monada, casullas así... para que los niños buenos jueguen a misas; santos de este tamaño, así, mira, como los soldados de plomo, y la mar de candeleros y arañitas que se encienden en los altares de juguete. Todo lo tienes que ver, y si vas a casa, puedes hacer con ello lo que quieras, pues es para tu diversión».

En Cuaresma acostumbraba a ir Abelarda a los ejercicios de la iglesia de las Comendadoras, de Montserrat y de las Salesas Nuevas, excusiones devotas a las que llevaba a Cadalsito, que, «a poco de probar... tomó grandísima afición». Tras un rato de recogimiento y compostura, cansado, «se ponía a dar vueltas por la iglesia». El niño tenía sus preferencias, gustándole más las Comendadoras que Montserrat:

«En Monserrat, iglesia perteneciente al antiguo convento que es hoy Cárcel de Mujeres, no se encontraba Luis tan a gusto como en las Comendadoras, que es uno de los templos más despejados y más bonitos de Madrid. A Monserrat encontrábalo frío y desnudo; los santos estaban mal trajeados; el culto le parecía pobre, y además de esto había en la capilla de la derecha, conforme entramos, un Cristo grande, moreno, lleno de manchurroneos de sangre, con enaguas y una melena natural tan larga como el pelo de una mujer, la cual efigie le causaba tanto miedo, que nunca se atrevía a mirarla sino a distancia, y ni que le dieran lo que le dieran entraba en su capilla».

También en Montserrat, en la misma casa de Dios, se vio Luisito Cadalso acometido del mal que precedía a sus visiones del Todopoderoso:

«Una tarde, oyendo en Monserrat el rosario que rezaba el cura, al cual contestaban en la iglesia unas dos docenas de mujeres, y en el coro las presas, que debían ser más de ciento por el murmullo intensísimo que sus voces hacían, Luisito se sintió con los síntomas de somnolencia. En la iglesia había muy poca luz, y todo en ella era misterio, sombras que la cadencia tétrica del rezo hacía más cerradas y tenebrosas. Desde donde Cadalsito estaba, veía un brazo del Cristo aquel, y la lamparilla que junto al brazo colgaba del techo. Le entró tal pánico que se habría marchado a la calle si hubiera podido; pero no se pudo

levantar. Hizo propósito de vencer el sopor, y se pellizó los brazos diciendo: “¡Ay!, ¡contro!, si me duermo y se me pone al lado el Cristo de las melenas, del miedo me caigo muerto”. Y el miedo y los esfuerzos por despabilarse vencían al fin su insano sopor».

Era, sin duda, intenso el temor que tenía el niño a la figura del Cristo grande, tanto que ni el mismísimo Murillito podía hacerle razonar para que entrara en la capilla, ni aún diciéndole que él mismo había tenido las melenas en la mano «cuando su madre se las peinaba, y que aquel Señor era muy bueno y hacía la mar de milagros».

Pese al miedo irracional que sentía ante aquella imagen, las aficiones devotas de Luisito Cadalso eran tales que sintió el deseo de ser cura, aunque sus abuelos se reían de lo que consideraban una vocación demasiado precoz. Pero el niño estaba seguro de lo que quería y decía que «o no sería nada o cantaré misa, pues le entusiasmaban todas las funciones sacerdotales, incluso el predicar, incluso el meterse en el confesonario para *oír los pecados de las mujeres*». Únicamente ensombrecía su propósito decir misa en la capilla del Cristo de las melenas. Decía el niño a su abuelo en Montserrat:

«-¿Y cuándo me ponen en latín? Yo quiero aprenderlo para cantar misa... Pero mire usted, lo que es esta iglesia no me hace feliz. ¿Sabe usted por qué? Hay en aquella capilla un Señor con pelos largos que me da mucho miedo. No entro allí aunque me maten. Cuando yo sea cura, lo que es allí no digo misa...»

El Cristo de las melenas que tanto temía Cadalsito estaba y está en la madrileña iglesia de Santa María la Real de Montserrat. Situada en el número 79 de la calle de San Bernardo, de Madrid, fue fundada por Felipe IV con motivo de la insurrección de Cataluña (1640-1652)<sup>17</sup>. El monasterio de Montserrat era el más importante centro benedictino de Cataluña y de él fueron expulsados los monjes castellanos durante la sublevación, siendo acogidos en la iglesia

---

<sup>17</sup> La sublevación de Cataluña o *Guerra dels Segadors*, tuvo por escenario gran parte de Cataluña entre 1640 y 1652 con graves consecuencias para España, que, tras la firma en 1659 de la Paz de los Pirineos con Francia, vio como el condado del Rosellón y la mitad del de la Cerdeña, hasta entonces partes integrantes del principado de Cataluña, pasaban a ser territorio francés.

de Montserrat construida a tal fin según proyecto de Sebastián de Herrera Barnuevo, que resultó inacabado por falta de fondos<sup>18</sup>.



Iglesia de Nuestra Señora  
de Montserrat



Proyecto de la iglesia,  
con dos torres y cúpula

En la capilla lateral izquierda de la iglesia de Montserrat está el Cristo que en *Miau* se llama *de las melenas*, y no es otro que el Santo Cristo de Burgos, copia de la talla original procedente del convento burgalés de los Agustinos<sup>19</sup>.

Es una talla del siglo XIV y autor anónimo que representa a Cristo crucificado. De tamaño casi natural, realizada en piel de vaca –se le llama Cristo de Cuero–, tiene pelo natural y a los pies,

<sup>18</sup> Las obras, iniciadas en 1668, se suspendieron en 1671 y no se reanudaron hasta 1729, para ser de nuevo suspendidas en 1740 cuando solo se había construido la fachada con una de las dos torres previstas, la nave central hasta el crucero y las capillas. Quedaron sin construir la segunda torre, la gran cúpula del crucero con tambor y linterna, la cabecera y las sacristías.

<sup>19</sup> Allí estuvo la talla hasta 1808, cuando el marqués de Avendaña, temiendo el saqueo de las tropas napoleónicas, ordenó su traslado provisional a la iglesia de San Nicolás para pasar después a la catedral, donde se encuentra en la actualidad.

unos huevos de avestruz traídos de África y donados por un rico comerciante local.



Cristo de Burgos, de la iglesia  
de Nuestra Señora de Montserrat,  
de Madrid

Este Cristo es la segunda referencia a Burgos en la novela *Miau*. Queda a la imaginación de cada uno suponer si al fin Luisito Caldoso llegó a cantar misa y, en su caso, si, desprovisto ya de miedos, ofició en la capilla del Cristo de las melenas, tal como le decía su abuelo Ramón de Villaamil: «Ya se te irá quitando el temor, y verás cómo también al Cristo melenudo le dices tus misitas».